



**JULIO
2024
Nº180**

Adoradores

**Revista de espiritualidad, información
y promoción Eucarística.**





Mi creador:

Dios me ha creado en su amor. ¿He sido agradecido con Él? ¿He vivido para Dios? Pag 8 y 9



Amor en la creación:

Llevado de su amor extremo pone Jesús de continuo a mi disposición las gracias y el valor de la Redención. Pag 12 y 13



Un hecho milagroso:

Sacerdote de la India descubrió una hostia cubierta de una capa que se rompió al contacto con sus dedos, dejando correr la sangre... Pags 16 a 18



Lo que vió y lo que confesó

Tomás apóstol a quien celebramos el 3 de julio, teniendo ante sus ojos a un hombre verdadero, lo proclamó Dios.

El discípulo de Jesús que dudó y que palpó se convirtió en testigo de la realidad de la resurrección. Al encontrarse con El exclamó: “¡Señor mío y Dios mío!” Jesús le dijo: “¿Porque me has visto has creído?”

Como sea que el apóstol Pablo dice: La fe es seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve, es evidente que la fe es la plena convicción de aquellas realidades que no podemos ver, porque las que vemos ya no son objeto de fe, sino de conocimiento. Por consiguiente, si Tomás vio y palpó, ¿cómo es que le dice el Señor: Porque me has visto has creído? Pero es que lo que creyó superaba a lo que vio. En efecto, un hombre mortal no puede ver la divinidad. Por esto, lo que él vio fue la humanidad de Jesús, pero confesó su divinidad al decir: ¡Señor mío y Dios mío! Él, pues, creyó, con todo y que vio, ya que, teniendo ante sus ojos a un hombre verdadero, lo proclamó Dios, cosa que escapaba a su mirada.

Y es para nosotros motivo de alegría lo que sigue a continua-

ción: Dichosos los que crean sin haber visto. En esta sentencia el Señor nos designa especialmente a nosotros, que lo guardamos en nuestra mente sin haberlo visto corporalmente. Nos designa a nosotros, con tal de que las obras acompañen nuestra fe, porque el que cree de verdad es el que obra según su fe. Por el contrario, respecto de aquellos que creen sólo de palabra, dice Pablo: Hacen profesión de conocer a Dios, pero con sus acciones lo desmienten. Y Santiago dice: La fe sin obras es un cadáver.

San Gregorio Magno, Papa





ADORADORES

Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco por tu Santísimo Hijo Jesús. Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos, a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine

A



Amor en la creación

Continuamos
con las reflexio-
nes de San Pedro
Julián Eymard.



Dios me ha creado en su amor.

En sí mismo me amó desde toda la eternidad; luego formó mi cuerpo con sus manos y creó mi alma con su soplo amoroso; como fruto que es de su mismo amor, la creó a su imagen y semejanza.

Por ser obras privilegiadas de su amor, dotó a mi alma y a mi cuerpo de todos los dones, cualidades y gracias apropiados al logro del fin que me propuso.

Me creó para Él

Para sí, y sólo para sí me creó Dios.

Quiere ser mi fin supremo, único y eterno, mi fin de gracia y de gloria.

Me creó con el único fin de concederme el mérito y la felicidad de conocerle, amarle y servirle en esta vida como a mi soberano rey y al Dios de mi corazón, y un día poseerle como al Dios de la gloria.

Dios me creó en las mejores condiciones para conocer, amar y servirle, por cuanto me dio la vida bajo la ley de la gracia y me hizo nacer de padres católicos y educarme cristianamente.

Así que Dios se me mostró desde el alba de mi razón y después me ha ido ayudando en los días de necesidad y de peligro.

¡Oh, qué buen padre ha sido Dios para mí!

¿He sido agradecido con Él? ¿He cifrado mi honra en conocerle, amarle y servirle? ¿He vivido para Dios? ¿Ha recibido Dios el homenaje de toda mi vida?

¿No es justo, sin embargo, que el fruto del árbol sea para su dueño y no para el mismo árbol? ¿No es justo que un criado sirva a su amo y no a un extraño? ¿Acaso pide un hijo a sus padres un sueldo por su obediencia y afecto?

¡Ay! ¡Peor servido ha sido Dios que el hombre! Más afectuoso y generoso he sido para las criaturas que para Dios.

¿Qué haré?

Prorrumpir en llanto, amar y morir por mi Dios...

Lloraré por haber olvidado a mi



“¿No es justo, [...] que el fruto del árbol sea para su dueño y no para el mismo árbol? [...] ¿Acaso pide un hijo a sus padres un sueldo por su obediencia y afecto?”

Dios, por haber preferido a Dios una criatura y haber correspondido con tan negra ingratitud a un Padre tan bondadoso.

¡Desdichado de mí que no he tenido espíritu más que para la vanidad, corazón para el amor propio y voluntad para el egoísmo! En una palabra, a mí mismo me he constituido, en fin: fin pecaminoso, fin desdichado, por cierto.

Voy a amar a Dios y volver a su bondad y misericordia siempre abierta para mi corazón.

Voy a comenzar por amar para llegar a la virtud, a morir a mí mismo y al mundo, a fin de que no viva más que en Jesús, en su muerte resucitada...

Dios me ha perdonado

Dios me ha perdonado, pero con tanto amor, que debería llorar siempre de puro agradecimiento.

Dios me ha perdonado tan pronto como me ha visto a sus pies, y sin condición alguna.

Apenas si, como al hijo pródigo, me

ha dejado la confusión de tener que confesarle mis faltas; mayor era el placer de este buen Padre en perdonarme que su paciencia en dejarme que le pidiera perdón.

Me ha concedido igual gracia que a Magdalena, a la que perdona y toma bajo su protección tan pronto como la ve a sus pies.

¡Oh qué bueno ha sido Dios para conmigo! No me ha hecho esperar el perdón como yo había hecho esperar a su bondad. Para darme la gracia no ha puesto más condiciones que la de amarle de no pecar más, lo mismo que para san Pedro en otro tiempo.

Y, sin embargo, ¡cuán enorme era mi deuda para con su justicia! ¡Qué herida más ancha y profunda la que mi ingratitud debió abrir en su corazón!

¡Oh, no! Por lo mismo que Dios me ha perdonado tan divina y generosamente, yo no debo perdonarme; no es posible que me perdone el haber ofendido a un Padre tan bueno. Cual otro Pedro, lloraré de amor por haber hecho llorar de dolor y tristeza a mi buen Jesús.



Dios me preservó

Invitación a ser agradecido con Dios por guardar mi alma.

¿Qué gracias daré a Dios por su divina e inefable Providencia para conmigo?

Dios me conservó la vida cuando yo le ofendía y era culpable y digno del infierno.

¿Qué sería de mí si la muerte me hubiera sorprendido en aquel estado? ¡Oh bondad de Dios realmente maternal, me has ocultado bajo el manto de la divina misericordia, para que no llegaran hasta mí los golpes de la divina justicia! ¡Me has conservado la vida con la esperanza de que un día me echaría sin retorno en brazos de vuestra bondad inagotable!

¡Ay, Dios mío! ¿He reconocido bien mi pecado y mi ingratitud? ¿Estoy real y debidamente arrepentido? ¿Ha triunfado de veras sobre mí vuestra misericordia?

Pero, ya se acabó con el pecado; ya nada quiero con el mundo; me avergüenzo de haber sido tan ingrato; desde este momento voy a ser, o mejor, quiero ser y soy totalmente vuestro.

Me preservó de los peligros

La bondad de Dios me ha preservado de inmensos peligros:

Podía en primer lugar perder el hermoso lirio de la pureza. Desgraciadamente, me he expuesto por mi ligereza a tamaña desdicha. Grande era mi flaqueza, muy débil mi corazón, negli-

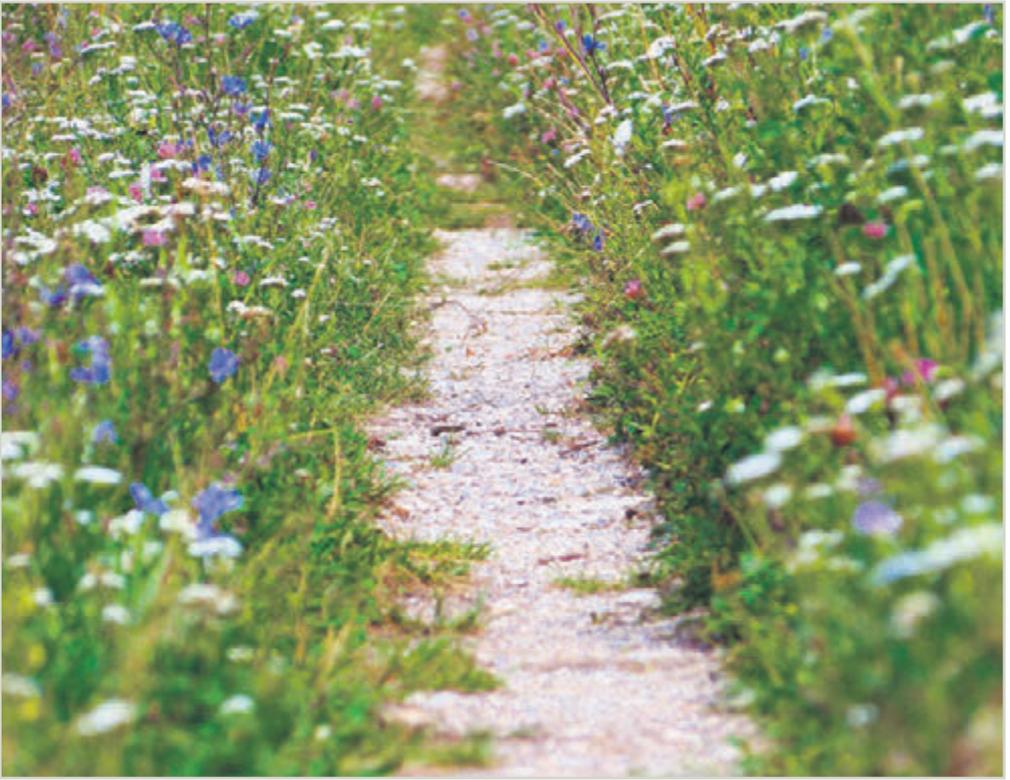
gente mi voluntad y nebulosa mi conciencia. De haber pasado unos días más y presentándose una ocasión más seductora, ¿qué hubiera sido de mi virtud? Mas vuestra misericordia me aguardaba al borde del abismo, como Daniel en la fosa de los leones.

¿Qué te daré, Dios mío, en correspondencia por esta blanca corona y cetro real, por este reino de paz y libertad que me habéis conservado? ¿Me será alguna vez posible apreciar debidamente su valor y devolver sus frutos?

La divina providencia me ha concedido mayores gracias aún, me ha conducido como a un niño en medio de los peligros, que de otro modo me hubieran tal vez escandalizado; ha cerrado mis oídos para no comprender la seducción que bien hubiera podido conmoverme; sin sospecharlo siquiera me ha hecho evitar una porción de lazos ocultos en el camino y no pocos escándalos que me esperaban. Cuando una cosa de nada me impedía salir, me retenía más tiempo en una ocupación o me hacía cambiar de camino, vuestra divina y amable Providencia, Dios mío, velaba sobre mí y decía: Quédate aquí, vete allá, y así quedaba a salvo.

Su bondad me sostuvo

La bondad de Dios me ha sostenido. Puso en mi camino al ángel Rafael



“¡Si me fuera posible ver en Dios, [...] todas las gracias que, cual hermosas flores, han bordeado el camino de mi vida...!”

que me condujese y de su parte me esperase. En el tiempo preciso me envió un consejero sabio, un poderoso defensor, un consuelo en las penas y una reserva en el goce y la alegría. Me puso en la mano ora un libro que me hablara, ora una señal cualquiera que me recordara el deber: cosa de nada en apariencia, pero en realidad gracia y luz del momento, la gracia apropiada para salvarme.

¡Ah! ¡Si me fuera posible ver en Dios todo el cortejo de ángeles que ha puesto a mi lado para guardarme y acompañarme, todas las buenas inspiraciones que me ha envia-

do para guiarme, todas las gracias que, cual hermosas flores, han bordeado el camino de mi vida, la misión confiada a cada criatura respecto de mí, cuántas maravillas de amor descubriría! Se diría que cielo y tierra no se movían ni se mueven más que para mí y que yo constituyo el objetivo que con ellos Dios se propone.

¿Qué querrá Dios con tanto amor? Que sea del todo suyo; que reconozca sus derechos de amor, sus derechos de bondad y sus derechos de justicia. ¡Oh, sí, Dios mío; los reconozco, los adoro y los amo! Reinen en mi...



Amor de la redención

El autor nos propone apreciar el tormento de Jesús en la cruz que nos libró de las ataduras del mal.



“Jesús ha roto mis cadenas y me ha puesto en libertad! ¡Es mi salvador!
¡De cuántas gracias no le soy deudor!”

Tan grande ha sido el amor de Dios Padre para conmigo que me ha dado al unigénito para rescatarme.

Adán, padre mío según la carne, me ha legado el pecado y es causa de que haya nacido como hijo de ira, esclavo del demonio y condenado a muerte eterna. Nunca hubiera podido sin Jesucristo entrar en el cielo y llegar a ser hijo de Dios; ¿sería la vida para mí un bien sin la gracia de la redención?

¡Lo bueno que ha sido Dios Padre para conmigo! Había menester de un salvador y me ha dado su Hijo. Me ha amado más que la gloria y la vida natural de Jesús. Quiso que Jesús se constituyera víctima de mi salvación para que pudiera yo volver a ser hijo de su amor y de su gloria.

Un amor de cruz

Tanto es lo que Jesucristo me amó que para rescatarme escogió el medio que más había de abatirle y hacerle sufrir, el mejor medio que a su amor fue posible idear. Bien hubiera podido rescatarme con una lágrima, con una oración, con un suspiro, pues que todo lo suyo tenía valor infinito. Pero como en este caso no hubiera comprendido yo bien la enormidad de mis pecados, ni la grandeza del amor de Jesús, ni se me habría dado Él por completo, su amor no podía quedar con sólo eso satisfecho.

Mas ¡ay! ¡Por qué humillaciones no ha pasado Él! ¡Qué dolores no ha sufrido! ¡Qué muerte más afrentosa no ha padecido!



¡Oh, Jerusalén! ¡Oh, calvario! ¡Oh, Salvador mío! Me hincó de rodillas al pie de vuestra cruz, árbol de vida y de muerte, por medio del cual me has salvado.

Las gracias de la redención

Llevado de su amor extremo pone Jesús de continuo a mi disposición las gracias y el valor de la Redención.

¡Cuántos hombres hay que no se aprovechan de las gracias de la redención de Jesucristo porque no le conocen! No tienen conocimiento de su amor, de su cruz ni de su calvario: ¡y yo conozco a Jesús crucificado!

¡Cuántos conocen a Jesús y a Jesús redentor, mas no quieren ir a Él porque tienen más apego al mundo que a Él, porque no quieren romper las vergonzosas cadenas de sus pasiones y son voluntarios esclavos del pecado! ¡Y yo he sido preservado de los lazos del mundo; Jesús ha roto mis cadenas y me ha puesto en libertad! ¡Es mi salvador! ¡De cuántas gracias no le soy deudor!

A mi disposición tengo el manantial del agua viva, el baño saludable de la sangre de Jesucristo y el precio de mi redención en los sacramentos de Penitencia y Eucaristía en el santo sacrificio de la misa.

Sólo gracia y amor es para mí el calvario. ¡Cómo no hubiera podido soportar el de Jerusalén! ¡Oh, hasta dónde llega la bondad de Jesús para conmigo!

Como un rescatado pertenece a su dueño, yo quiero ser propiedad absoluta de mi Libertador divino. Pues Él es para mí, quiero también yo ser para Él, y sólo para Él, tanto más cuanto que es mi resurrección y vida.

Un Dios paciente

Dios ha trabajado, con una paciencia admirable, por convertirme.

¡Ay! ¿Cómo ha podido Dios sufrir con tanta paciencia mis repulsas o mis tardanzas en rendirme a la gracia? ¿Qué padre hay o qué madre, cuya paciencia no se agote con semejante conducta? Sí; Dios ha sido tan paciente como bueno conmigo. Me ha vuelto hacia sí mostrándome la vanidad de las criaturas y haciendo que viera por experiencia que sólo Él es bueno, y siempre bueno.

Dándome a gustar el bien inefable que es Él mismo ha hecho que palpe lo caducos y vacíos que son los bienes y placeres envolviéndolos en hastío y amargura. Para que mis ojos se abrieran a su verdad y a su gracia ha agitado y conmovido todo en torno mío: quería que fuera todo para Él y sólo para Él.

Y, además, ¿cómo apreciar todas esas gracias interiores por medio de las cuales insensiblemente me quitaba el apego a las cosas del mundo y a mí mismo, aficionándome dulce y fuertemente a su amor? ¡Cuántas inspiraciones, no por suaves menos fuertes, venían a conmover mi alma! ¡Cuántos sentimientos de confianza y de temor me impulsaban a rendirme a discreción: el cielo y el infierno, el pesebre y el calvario, Nazaret y el cenáculo!

¿Cómo he podido, oh Dios mío, resistir por tanto tiempo sin entregarme a Tí por completo? ¿Qué perdía perdiéndolo todo por ganarte a Tí? ¿Qué cosa preciosa o de gran valor te daba en pago que pudiera compararse con tu gracia y tu amor? ¡Oh Dios mío, por qué te habré amado tan poco y tan tarde!



Redención necesaria

Invitación a preferir la virtud de Jesús, su pobreza, modestia y sencillez, para hacer frente a las inclinaciones del mal.

Me veo muy inclinado al mal por mi naturaleza y mis vicios.

Por la naturaleza

Mi espíritu es de suyo orgulloso, lleno de vanidad, más propenso a ir en pos de la estima humana que en pos de Dios, a obrar instintivamente por amor propio. ¡Válgame Dios, lo grande que es en mí esta miseria! Ni siquiera la conozco bien, pues es un abismo insondable. Es la hipocresía de la serpiente, la astucia del demonio.

Antes quisiera mi corazón amar las criaturas que a Dios, aficionarse a las criaturas que a Dios y, ¿me atreveré a decirlo?, a preferir nonadas a la vir-

tud de Jesucristo, a su pobreza, modestia y sencillez.

¡Miseria incalificable! Mi corazón quiere ser amado como Dios y convertirse en centro y fin del humano afecto, como si la nada pudiera dar ser y vida, como si el siervo debiera arrebatarse la gloria a su señor.

Mi voluntad, aunque generosa para el mundo, muy abnegada para todo lo que le agrada y tenaz en los propios deseos, es cobarde, flaca e inconstante para el bien. Sólo cuando se trata de Dios y de su servicio me resulta necesario violentarme; y aun así suelo regatear, aplazar y dividir el deber divino.

Mi cuerpo es sensual y los sentidos no están sometidos todavía a la ley de



“Ha obrado conmigo como un padre que cierra los ojos y se finge ignorante para no ver en mí más que una criatura amada”.



Dios ni a su gracia. ¡Oh! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Sólo la gracia, el amor Jesucristo. ¡Qué enemigo llevo, ay, conmigo mismo!

Por los vicios

No sólo me inclina al mal mi propia naturaleza, sino que he aumentado esta pendiente con la muchedumbre de pecados que he cometido. El hábito del pecado y del vicio, el orgullo y el amor propio se han enseñoreado de mi espíritu, y mi corazón está lleno de afectos desordenados. La voluntad se niega a la ley, a la gracia de Dios. No me atrevo a ver, a contar ni analizar los pecados cometidos con mis sentidos. Adán corrompió mi naturaleza con un solo pecado, más yo la he viciado con millares de faltas; razón es que me presente ante Dios como un cuerpo recubierto de tristes y vergonzosas cicatrices.

¡Oh, cuán grande es la necesidad que de la humildad de Jesús tengo para curar las llagas de mi orgullo; de su amor para contrarrestar el amor impuro, y de su modestia y mortificación para curar el cuerpo devolviéndole honor, fuerza y virtud!

Necesito que su sangre corra por la mía para purificarla y devolverle la pérdida tersura; tengo necesidad de su cuerpo para resucitar el mío; de su alma para vivificar mi alma, y de todo Él para renacer a nueva vida.

Este precisamente es el fin de la redención: para curarme y unirme consigo, Jesús se hizo mi salvador.

¡Venturosa culpa de Adán, pero desdichados mil veces los pecados que me han apartado de Jesús!

Dios me esperó

¡Qué bueno ha sido Dios para conmigo! Ha esperado a que hiciera penitencia cuando no le servía ni le amaba, antes bien, le ofendía y estaba cubierto de pecados que provocaban los rigores de su justicia.

¡Qué desgracia! ¡Ha habido en mi vida un tiempo en que estaba en pecado mortal, siendo, por consiguiente, enemigo de Dios y estando suspendido sobre el infierno!

De haberme sorprendido la muerte en este estado, tiempo a que estaría en el infierno con los demonios y réprobos, ¡y para toda la eternidad!

Bastaba para ello que Dios retirase la mano que me sostenía, y dejase al pecado mortal seguir su curso natural para que la divina justicia hiriese desde hace tiempo a uno tan culpable como yo.

En el mundo el castigo debe seguir al crimen: es ley a la que ni siquiera el amor paternal se sustrae. Mas, afortunadamente para mí, Dios no la ha seguido.

Ha obrado conmigo como un padre que cierra los ojos y se finge ignorante para no ver en mí más que una criatura amada.

¡Y cuántos días, meses y años, no ha esperado Dios por ver si hacía penitencia! Y entretanto continuaba alimentándome, sirviéndome y concediéndome sus gracias. Iba conservándome honor y bienes: la fe; la esperanza, todo aquello que podía tornarme al arrepentimiento, a los pies de mi divino Padre.

¡Cuán bueno ha sido Dios para conmigo! ¿Qué podré dar a Dios en correspondencia de tanta bondad?



Sacerdote, testigo de un hecho eucarístico prodigioso

El Domingo de Ramos pasado, un sacerdote de la India descubrió una hostia cubierta de una capa que se rompió al contacto con sus dedos, dejando correr la sangre.



“Estaba en estado de shock... me sentí bendecido”, dijo el párroco de Nuestra Señora del Carmen de Chumukedima, el p. Vadakkapurathan.

¿Se ha producido un milagro eucarístico en la India? Eso dice el párroco de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen de Chumukedima, en el estado de Nagaland (noreste de la India). Cuando una mujer baptista fue a Misa a finales de marzo, poco antes del Domingo de Ramos, acompañando a uno de sus amigos feligreses, se llevó a casa la hostia consagrada que se da durante la comunión, lo que está terminantemente prohibido a menos que el sacerdote lo haya autorizado

expresamente para un fin concreto (dar la comunión a un enfermo o a alguien que no pueda asistir a Misa, por ejemplo y bajo recaudos muy concretos de la Iglesia). Pero tras una noche inquieta, sintiéndose culpable ante la idea de haber guardado la hostia sin consumirla, informó inmediatamente al párroco, según el diario indio *Matters India*.

Cuando no se sabe si la hostia ha sido profanada o si hay riesgo de que haya caído al suelo, el sacerdote di-



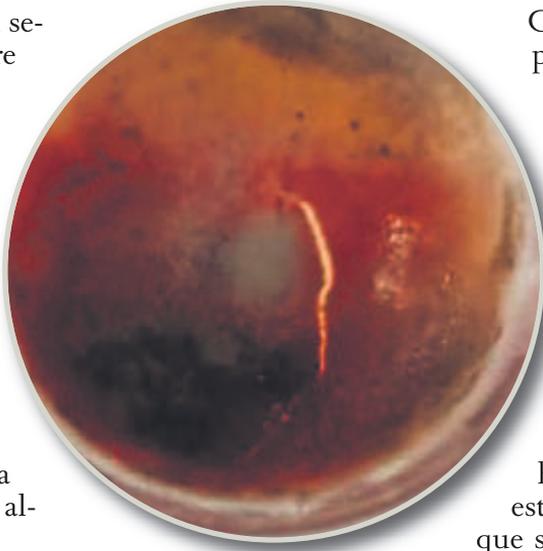
suelve la hostia. Cuando la hostia ha sido consagrada por el sacerdote durante la Misa, es de hecho el verdadero cuerpo de Cristo, realmente presente bajo la especie del pan: su carne, su sangre, su alma y su divinidad están unidas. Cualquier profanación de la hostia, intencionada o no, supone la profanación del cuerpo de Cristo, un acto gravísimo para los católicos. En tal caso, el sacerdote permite que la hostia se disuelva en un recipiente. Al disolverse, pierde su consagración.

ré y pude ver agua y sangre saliendo de esta pequeña grieta que había hecho”, dijo el padre Johnson Vadakkapurathan a un medio. “Vi sangre fresca saliendo de ella”, continuó el sacerdote. “Estaba en estado de shock”, dijo, “me sentí bendecido. Entendemos que Dios tiene un plan porque creemos en la presencia real de Jesús en la Eucaristía; en el Cuerpo y la Sangre de Jesús. A veces dudamos, entonces Él mismo viene a decir esto: Creed en Mí. Estoy aquí”.

Una disolución imposible

Este fue el ritual seguido por el padre Vadakkapurathan, que colocó la hostia en una vinajera especial llena de agua bendita. Pero cuando el sacerdote fue a comprobarlo unos días después, se dio cuenta inmediatamente de que la hostia no se había alterado.

El 24 de marzo, Domingo de Ramos, el sacerdote la devolvió al sagrario y la revisó de nuevo, pero se dio cuenta de que había ocurrido algo extraño: una capa de un material desconocido flotaba sobre la hostia. Al meter el dedo en la vinajera para recoger la hostia, la capa se rompió y brotó sangre, según el sacerdote. “Mi-



Con prudencia

Como recuerda el padre Vadakkapurathan, solo una investigación canónica permitirá reconocer oficialmente el milagro eucarístico. De hecho, la Iglesia sigue siendo extremadamente prudente a la hora de reconocer estos milagros, porque su maravilla es sobrecogedora.

Se trata de fenómenos extraordinarios y sobrenaturales, como la transformación del pan y el vino en carne y sangre, la levitación de la hostia, curaciones súbitas o apariciones... En total, la Iglesia ha registrado un centenar de milagros eucarísticos. (Aleteia/Cécile Séveirac/adaptación)



ADORADORES



Busca imitar a los que buscan al Señor, con humildad y paz del corazón en el Sagrario, y que acaban por verlo y oírlo de día y de noche, y en todas partes...

No tengas miedo, confía...

¡Se te ha presentado tantas veces en medio de la noche de tus dolores y padeceres, el “Médico Divino”, para curártelos y lo has tomado como fantasma, obstinándote en no dejarlo ejercer su caritativo oficio...!

¡Te ha dicho tantas veces el “confía, soy Yo”... queriendo serenar las tempestades de tu espíritu y tú le has respondido con gritos de protestas y asustado dices “tengo miedo”...!

¿No has hecho eso cuando te ha visitado en forma de dolor o de contrariedad? ¿Y no te parece que es tener a Jesucristo por un fantasma, creerlo tan cerquita de nosotros en el Sagrario y dejarnos devorar y consumir por nuestras penas, como si éstas fueran más fuertes y poderosas que Él?

¿No te parece ofuscación funestísi-

ma del corazón, saber que con sólo aplicar un poquito el oído al Sagrario y quedarse allí en paz y silencio un ratito se oye el “Confía, soy Yo, no temas” y dejarse envolver y ahogar por las olas de la tribulación? Almas obligadas a surcar los mares del dolor, no imitéis a los discípulos que necesitan la luz del día para conocer al Maestro, imitad a los que, buscándolo con humildad, limpieza y paz del corazón en el Sagrario, acaban por verlo y oírlo de día y de noche, y en todas partes...

Madre Inmaculada, ten mis ojos y mis oídos abiertos para que cuando tu Jesús me visite, sea con vestiduras moradas de Pasión, sea con vestiduras blancas de Transfiguración, mi alma lo vea, lo oiga y se dé cuenta de que es Él... (San Manuel González/ Adaptación)

Momento eucarístico hecho poesía

Mi Jesús Eucaristía

Permíteme, Señor,
que aquí postrado,
consciente de mi nada
en tu presencia,
y aún temiendo pecar
de irreverencia
me atreva al alto honor
de acompañarte.
Yo sé que no soy digno
de mirarte,
Mas, fiado en tu amor
y en tu clemencia,
se apacigua el clamor
de mi conciencia
y me inunda la calma
al contemplarte.
En el mundo, Señor
por olvidarte,
es todo confusión y algarabía
que me inquietan
de modo extraordinario.
Por eso, mi Señor
vengo a rogarte,
que le dejes gozar al alma mía,
del remanso de paz
de tu Sagrario.

José Ramón de Pablo

Pange lingua

Hace tal obra el amor
después que le conocí,
que, si hay bien o mal en mí,
todo lo hace de un sabor,



Poetas y escritores
cantaron su fe y
ofrecieron sus
palabras para que
nosotros podamos
decirle con ellas al
Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

y al alma transforma en sí;
y así, en su llama sabrosa,
la cual en mí estoy sintiendo,
aprieta, sin quedar cosa,
todo me voy consumiendo.

Jesús, vengo a adorarte

La noche sosegada,
en par de los levantes
de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.
S. Juan de la Cruz

Aquí estamos

Jesús venimos ante Tí
para contemplarte
para amarte, para adorarte,
a Tí que eres el Señor.
Jesús, Tú ves nuestra nada,
nuestra pobreza, y tu corazón
que es manso y humilde
se conmueve porque
está lleno de misericordia.
Y ante Tí Jesús, ante
la dulzura de tu amor...nosotros
Te entregamos todo
lo que somos
todo que tenemos,
porque queremos vivir desde Tí
Que eres el pan de Vida.
El único y verdadero.



Santo del mes: 13 de Julio, sta Clelia Barbieri

Apóstol de la Eucaristía

La Eucaristía fue el centro de su experiencia mística y de su carisma de fundadora.

Clelia nació el 13 de febrero de 1847 en Le Budrie de San Giovanni, Francia. Perdió a su padre, víctima del cólera, cuando solo tenía 8 años y experimentó las penurias económicas de su familia que acrecentó su hambre y sed de Dios; en la escuela parroquial aprendió de forma rudimentaria a leer y a escribir. A los once años tuvo su primera experiencia mística precisamente ante la imagen de María que había en su casa, de la que brotó el deseo de dar la vida por la humanidad y gracias por una sensibilidad precoz, pudo hacer su primera comunión en 1858 y desde entonces ayudaba a los más humildes y necesitados, como miembro de los Trabajadores de la Doctrina Cristiana.

Ya desde que era muy pequeña, aprendió de su madre no sólo a coser e



hilar, sino a amar a Dios y a vivir cristianamente. También acudía a la iglesia para rezar y estudiaba con ahínco el catecismo.

En adoración ante el Santo Tabernáculo estaba inmóvil, absorta en oración, mientras que en casa era la compañera y modelo de las otras muchachas trabajadoras.

Cuando tejía a sueldo ponía todo su empeño en hacer bien el trabajo y, si su madre le apremiaba para que fuera más deprisa, le respondía que el trabajo lo debían hacer lo mejor posible. Nutría su espíritu con piadosas lecturas, de San Alfonso María de Ligorio y la Filotea de José Riva. Fue su director espiritual el párroco Gaetán Guidi, que tenía el don del discernimiento y una profunda veneración por el Espíritu Santo.

En 1868 se une a tres compañeras y se intalan



Clelia es la fundadora más joven en la historia de la Iglesia.

en una casa conocida como "la casa del maestro" cerca de la iglesia parroquial con falta total de recursos. Se entregaron a la educación de la juventud en la instrucción general del catecismo, la asistencia a los pobres y abandonados, así como a la curación y atención de los enfermos.

Las tres chicas rechazaron no pocas propuestas de matrimonio, sino que abrazaron la dedicación a la vida contemplativa y apostólica; un servicio que debía surgir de la Eucaristía y se sostenía de la comunión diaria. El pequeño grupo se agrandó rápidamente y los vecinos empezaron ver a Clelia como guía y la llamaban Madre a pesar de que solo tenía 22 años. Nació así las Mínimas de la Virgen de los Dolores, fundadas en Bolonia.



Mientras practicaban unos ejercicios espirituales, Clelia redactó una regla de vida comunitaria, basada completamente en la oración, el sacrificio, el trabajo y la caridad. Las hermanas eligieron como patronos de su pequeña comunidad a la Virgen de los Dolores y a San Francisco de Paula.

Clelia fue enriquecida por Dios con especiales carismas, como atestiguan el único escrito autógrafa que de ella poseemos: La carta a Jesús, mi dulce esposo.

Tras siete meses enferma, murió el 13 de julio de 1870 en Bolonia, Italia, de tuberculosis y, desde entonces, su voz ha sido escuchada en las casas de su orden, acompañando a sus hermanas en el canto. Fue canonizada en 1989. (Fuente: Agencias)